

María; el domingo celebraba con todos la Resurrección del Salvador y la gloria de los santos.

Este arancel tenía escrito y guardaba con grande puntualidad, y no paraban aquí sus penitencias, porque las noches, que se hicieron para el descanso del cuerpo, las gastaba en trabajarle con vigiliyas y mortificaciones; su cama era el duro suelo, y por grande regalo la piel de un buey curtida ó una tabla ó corcho de la tierra, aunque, para disimular su penitencia, tenía en su aposento cama como los demás, pero no usaba de ella.

Otra mortificación hacía no ménos penosa que estas, y era sufrir las picaduras de los mosquitos, que en el Brasil son muchos y molestísimos, y nunca, aunque le acometiesen enjambres, los desviaba, sufriendo con admirable paciencia sus importunas picaduras y las de los otros animalejos ordinarios. Y sucedió rezar con otro compañero, el cual viéndole maltratar de los mosquitos el rostro cuajado, ir á levantar la mano para quitárselos, y el P. Almeida le detuvo, diciendo que no le privase del mérito de la gloria que aquellos animalejos le daban.

Por el mismo tenor no perdía ocasion de mortificarse en todos los sentidos, negando á sus ojos las vistas curiosas, y al olfato los buenos olores de las flores y aromas, y á los oídos las músicas, y al tacto el abrigo de invierno y el refrigerio de verano, padeciendo en este gravísimos calores y en aquel frios, sin admitir ropa ni abrigo ni defensa para la uno ni lo otro, tratando su cuerpo como á su mayor contrario, siguiendo las pisadas de Cristo que no se dió gusto en nada, como dice S. Pablo: *Etenim Christus non sibi placuit.*

## VIII

*De su humildad, pobreza y otras virtudes.*

Ya que hemos comenzado á tratar de sus virtudes, no interrumpamos el hilo de su narración, porque dejemos dicho lo que toca á esta materia. Como el fundamento de todas es la humildad, este siervo del Señor echó tan profundos fundamentos al edificio espiritual que levantó en su alma, que se puede decir con verdad de él lo que de S. Agustín, que no se conoció en su tiempo criatura más humilde.

Así lo decían todos cuantos le trataban; el conocimiento que tenía de su nada, el desprecio de sí mismo, lo que ahondaba en esta materia era tanto, que no se ha conocido persona que más se despreciase ni que en ménos se tuviese, y así en los apuntamientos de sus meditaciones dice que era peor

que los de Sodoma y Gomorra y que cuantos había criado Dios, y que, por el consiguiente, merecía ser hollado, pisado y despreciado de todos como la más vil criatura del mundo.

Por esto andaba siempre encogido y como avergonzado; se ponía en el ínfimo lugar, como indigno de sentarse entre los demás: jamás se le oyó palabra que pudiese redundar en su alabanza, ni cuando venía de las misiones; todo lo refería á Dios como verdadero humilde, tomando para sí la confusión. Lo que se le oyó muchas veces fueron sus desprecios, diciendo, que había nacido entre herejes en Inglaterra y que no merecía vivir entre los siervos de Dios; si alguno le honraba, huía de él, y si le vituperaba, se lo agradecía.

Llegando á una capitania ó residencia, le vino á visitar el gobernador, haciéndole grandes honras, como las merecía su persona, y el buen Padre turbado con tanta merced, le dijo que él era un pobre religioso de ninguna estimación, que no le visitase más y guardase aquellas honras para otros de más valor; de que no poco se edificó el gobernador y le tuvo en mayor estima en adelante, porque como enseña Cristo, el que se ensoberbece es despreciado, y el que se humilla ensalzado.

Un religioso, sin conocerle, le habló mal de sus cosas, reprobando sus acciones por imprudentes y locas y á él por ignorante y desacertado, y luego el Padre se arrojó á sus pies y se los besó, diciendo: «ninguno me ha conocido sino vuestra Paternidad. Dios le guarde y se lo pague, que me ha dicho la verdad.» El religioso quedó atónito viendo tan profunda humildad, reconoció su yerro y fué en adelante su defensor y perpétuoregonero de su santidad.

De esta humildad le nació la aversión que tuvo siempre á ser Superior, sin admitir cargo que tuviese resabio de prelación, teniéndose por indigno de la más mínima dignidad, repitiendo las palabras de Cristo: *No vine á ser servido sino á servir*, (Matth. 10), y así lo ejecutaba sirviendo á todos en sus oficios y ministerios como si fuera su criado ó su esclavo, así á los sanos como á los enfermos, barriéndoles los aposentos, llevando la basura, limpiándoles los vasos humildes, haciéndoles las camas, curándoles las llagas, dándoles de comer y sirviéndoles en todo con admirable caridad.

La misma humildad mostraba en el trato de los prójimos, inclinándose siempre á los más pobres y humildes, como eran los negros, los indios, los criados y esclavos á los cuales predicaba y confesaba con mucho gusto, acariciándolos y enseñándoles la doctrina cristiana, y catequizando á los rudos y bozales á costa de gran trabajo, y retirándose de los empleos lustrosos con personas grandes y puestas en dignidad por lo que tenían de estimación, juz-

gando que á estos no les faltarian predicadores ni confesores, como á los pobres y humildes.

Y es buena prueba de esto, lo que le pasó con un gobernador que se vino á confesar con el P. Almeida. Recibióle y confesóle la primera vez, y cuando vino la segunda, temiendo que le habian de estimar por confesor del gobernador, le suplicó que no se confesase más con él, porque no era bueno para confesor de gobernadores, que pedian personas de más autoridad, y él era confesor de negros y esclavos, de que no poco se admiró el gobernador, estimando su humildad.

Hija fué tambien de su humildad la altísima pobreza con que vivió en la religion, no teniendo cosa alguna que no fuese pobre y humilde, precisamente necesaria y con licencia expresa del Superior. Todas sus alhajas eran una silleja de costillas, la más vieja de la casa, una cestilla de paja en que guardaba los cilicios y los papeles que escribia, una imágen de papel, una cruz de palo y una tabla en que dormia con ménos abrigo que el más pobre mendigo; este era el menaje de su aposento, y su vestido el más pobre, viejo y roto de la casa.

Si algo le daban, aunque fuesen cosas de devocion para repartir á los indios, siempre lo llevaba al Superior, diciendo que en su poder estaria más guardado.

Tenia por afrenta que los pobres con quien trataba, le llevasen la ventaja en la pobreza, y por esto no llevaba matalotaje en los caminos, y todos los hacia á pié y muchas veces descalzo por tierras espinosas y pedregales con su báculo en la mano, con que se hallaba siempre aprestado para cualquiera empresa que se ofrecia del servicio de Dios.

Tambien mostró su humildad en el rendimiento que tuvo á la santa obediencia, en que, como dijimos arriba, fué extremado, haciendo voto de nunca proponer ni replicar á cosa que le ordenasen, el cual cumplió exactísimamente obedeciendo con suma prontitud y presteza á la voz del Superior como si oyera la del mismo Dios; y no solamente á la de los Prelados, sino de otra cualquiera persona que le mandase ó dijese cualquiera cosa, como del cocinero en la cocina y del portero ó sacristan en sus oficios, por la sombra que tenian de superioridad. Era tan presto en la ejecucion, que sólo con la muestra de la voluntad se abalanzaba á cualquiera obediencia por difícil que fuese, de que fué buena prueba lo que le sucedió pasando de S. Pablo á otra residencia en compañía de su Provincial, y llegando á un rio arrebatao que bajaba entre dos montes. El Provincial se detuvo insinuando que seria bueno probar primero el vado; esta pequeña insinuacion tomó por obediencia el P. Almeida, y luego, sin más deliberacion, se abalanzó al rio, el cual le

arrebató con su corriente y dió con él en el tronco de un árbol, cubriéndole de agua, y cuando le lloraban por ahogado, levantó la cabeza é hizo pié diciendo: «No hay que dar pena, que no puede suceder cosa mal hecha por obediencia,» y salió sin lesion del rio con estima de su obediencia y admiracion de todos, que dieron muchas gracias á Dios por haberle sacado con vida de aquel peligro: de esta manera pudiéramos contar otras muchas obediencias muy dificultosas y penosas que ejecutó el siervo de Dios con la misma prontitud que la referida.

## IX

*De su oracion y devociones que tuvo con los Santos.*

El fuego de amor divino, que ardia continuamente en el corazon de este fidelísimo siervo de Dios, no le permitia olvidarse un punto de Él, aún en medio de todos los negocios y ocupaciones exteriores, para conversar y tratar con quien tanto amaba, y por esta causa habia fabricado en su corazon un oratorio, como lo hizo Sta. Catalina de Sena, en que se retiraba á orar, ó por mejor decir, oraba siempre, aunque en lo exterior comunicase con los hombres.

Así en casa como en el campo, así en la tierra como en la mar, de dia y de noche, solo y acompañado, se retiraba con el espíritu á este retrete que traia consigo, á orar y descansar con Dios. Tenia en él tres altares; en el principal miraba y reverenciaba á la Santísima Trinidad, de quien fué devotísimo; en el de la mano derecha, al Santísimo Sacramento, y en el de la izquierda, á la Santísima Virgen y al Glorioso S. José, y con todos oraba y trataba los negocios que traia entre manos, y por esto decíamos que nunca cesaba de orar.

Este era como el ejercicio ordinario, fuera del cual tenia cuatro horas señaladas cada dia para la oracion mental, que eran desde las dos de la mañana que se levantaba hasta las seis; luego gastaba otras dos horas en cumplir varias devociones que tenia con los Santos, de que despues haremos mencion; y, concluidas estas, se preparaba muy de espacio para la Misa, la cual decia con grande sosiego, espíritu y devocion.

Fué más que ordinaria la que tuvo al Santísimo Sacramento del Altar. Despues de la Misa daba gracias muy de espacio, regalándose con el Señor, que tenia en su corazon, de quien recibia grandes ilustraciones y mercedes y luz para lo que habia de hacer.

Por la tarde acudia á los ministerios de los enfermos y predicacion de los